



SITIOS DE MI CIUDAD

EL PATIO DE ESCUELAS

A mi hermano y compañero Pepe Onís.

TENEMOS seis, ocho años. Mordiendo una manzana salimos de casa. Son las cinco de la tarde. Hemos estado tres horas seguidas en la escuela, que nos han parecido tres siglos, y sentimos ahora unos deseos vivísimos de correr, de saltar, de jugar á nuestro antojo.

El patio de Escuelas es nuestro punto de reunión; este patio, estas callejas viejas y sombrías que le rodean son el teatro de nuestros juegos. Por eso esta tarde marchamos hacia allí, comiendo pausadamente nuestra merienda.

Allí están ya reunidos muchos de nuestros amigos. Nuestros amigos son todos los muchachos del barrio; unos van desarrapados, vestidos con la chaqueta de su padre, otros llevan la blusa del oficio de que son aprendices, nosotros llevamos un delantal largo de listas azules; nuestros amigos son el hijo del zapatero, del sastre, de la prendera, de la frutera, de unos trabajadores que viven en las *Cuatro esquinas*, de don Jacobo, de don Salvador, de don Genaro, de don Sisenando...



Esta tarde soplan vientos de tempestad en la plazuela; cualquier espíritu suspicaz lo notaría desde luego en nuestras conversaciones. La antigua y profunda rivalidad entre los de la *Puerta de Toro* y los de las *Cuatro esquinas* se ha recrudecido y exacerbado en estos últimos días. Ha habido en ellos presagios de tremendas luchas. Varias veces se ha anunciado, entre la general expectación, que los de la plazuela rival iban á venir á darnos la batalla, y nosotros dudamos esta tarde sobre si debemos ir á buscarlos ó esperar estóicamente hasta que ellos vengan.

La cuestión es grave. Los de la Puerta de Toro son muchos, y están capitaneados por el *Orestes*, cuyo nombre hace temblar sólo al oírlo, á pesar de que el *Cristo*, nuestro jefe, al que profesamos el más profundo respeto, asegura que varias veces le encontró á solas y le hizo *hincar el morro*. Sin embargo nosotros abrigamos ciertas dudas, no porque no sepamos de cuánto es capaz el *Cristo*. ¡Pero eso de hacer *hincar el morro* al *Orestes*...!

Decidimos por fin esperar, dispuestos á todo, el día que llegue la descomunal batalla. Y después nos ponemos tranquilamente á jugar al *marro*. Las horas no dejan sentir su paso.



Nosotros estamos jadeantes y sudorosos. Sin embargo no somos capaces de estarnos quietos. Y una serie de juegos variada y divertida nos ocupa durante largo rato.

Va anocheciendo. Nosotros estamos rendidos. Allí cerca se oye el canto de las niñas que juegan al corro.

¡Qué hermoso pelo tiene!

Carabí

¿Quién se lo peinará?

Carabí urí, carabí urá,

Elisa, Elisa la del Mambrú.

Nosotros (¡cosa extraña!) sentimos un profundo odio por estas muchachas, en el que me parece que somos correspondidos, y todo nuestro placer es molestarlas. Nos acercamos al corro, y somos recibidos con aquel expresivo cantar que empieza:

¡Fuera burros, fuera burros,
que aquí no venden cebada, etc.

Nosotros cometemos entonces unas cuantas groserías inconcebibles que sólo la edad disculpa, y cuando las niñas, ahuyentadas por nosotros, se han refugiado en sus casas, nos hemos sentado formando un corro en torno al umbral de una antigua puerta.

Unas claridades pálidas, de color violeta, aparecen recortadas por la crestería que bordea este patio. Son los últimos reflejos de la luz que se apaga.

Nosotros hablamos en tonos muy serios de cosas extraordinarias. Un monaguillo cuenta unas cosas terribles que él vió en el interior de la torre de San Isidro una noche de ánimas. Nosotros nos estremecemos involuntariamente. Relatos de crímenes, de cosas legendarias, son escuchados con profunda atención.

De pronto una voz desalentada ha roto nuestra interesante situación. Uno que llega acaba de pronunciar las palabras terribles: ¡Qué vienen los de la Puerta de Toro!

La épica figura del *Orestes* aparece en nuestra imaginación y sentimos que nos invade un temblor inconsciente. Una voz amiga, la del *Oso*, nos ha dicho al oído: No tengas miedo que yo te *alibro*. Y esto nos proporciona relativa tranquilidad.

Y, en efecto, los de la Puerta de Toro están aquí ya. Y una terrible pedrea se entabla entre los dos valerosos ejércitos.

Fray Luís de León preside la descomunal batalla y algunas piedras van á estrellarse contra su venerable rostro.

Los grupos se han ido acercando; salen á relucir las correas, los palos, los bastones de hierro y dentro de poco el combate será cuerpo á cuerpo. Pero de repente nuestros brazos se han paralizado, las piedras han caído de nuestras manos. ¿Qué hecho extraordinario está ocurriendo?

De todos los labios sale una palabra terrible: ¡¡*El Orejas!*!! Y al conjuro de esta palabra mágica los grupos se han deshecho en una desbandada tumultuosa. Cada cual ha corrido por donde ha encontrado más fácil salida, y por las callejas adyacentes han desaparecido en desordenado tropel las partes combatientes.

El patio ha quedado solitario y silencioso. Sólo Fray Luís de León, impasible á todo, sigue meditando. Y junto á él dos guardias municipales, el *Marras*, y el *Orejas*, permanecen contemplando, con aire triunfador, el desierto campo de batalla.

Al poco rato, con pocos minutos de diferencia, hemos ido llegando al Patio de Escuelas, por diferentes caminos, volviendo á encontrarnos reunidos nuevamente los que formábamos la desperdigada cuadrilla. Es de noche. Y entonces pasamos el rato en juegos, si así se los puede llamar, á cual más divertidos y arriesgados, como, por ejemplo, molestar á los novios que pelan la pava en aquellas calles, atar una guita á una aldaba y escondidos en un portal de enfrente, pasar la noche llamando continuamente; apedrear farolas; atar una guita de

pared á pared á una altura mayor que la de un hombre, para que al pasar las vertedoras con sus ollas á la cabeza, tropezasen éstas en la cuerda y cayesen al suelo haciéndose añicos con estrépito...

Unas campanadas suenan majestuosas y lentas; en el reloj de la Catedral suenan las ocho. En el patio de Escuelas ha vuelto á renacer el vocerío. Los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios lo han invadido. Pasa este patio súbitamente, muchas veces al día, del silencio solemne al vocerío ruidoso.

Nuestra criada ha venido á buscarnos. Y delante de ella, corriendo y saltando hemos entrado en nuestra casa. Llegamos rendidos, deshechos, como soldados que vuelven de la batalla, con la boina comprada aquella tarde y ya agujereada, porque por ineludible consigna es preciso arrancarle el rabo, con el mandil desgarrado, con las botas rotas. Y allí, en aquel refugio de paz de nuestra casa, una señora, nuestra madre, nos riñe cariñosamente por nuestras travesuras. Y allí también nos encontramos con un señor de poblada barba, que nos mira con un cariño inmenso, en cuyos brazos caemos como en un puerto de salvación, en un refugio de sosiego, que nos hace olvidarnos y encontrarnos á salvo de todas aquellas imágenes terribles que se llaman el *Orestes*, el *Orejas*, los fantasmas de San Isidro, don Doroteo el maestro...

TENEMOS doce, catorce años. Hemos entrado en la edad en que se crece rápidamente, á estirones, y á eso se debe, sin duda, el que parezcamos algo ridículos llevando unos pantalones demasiado cortos, aunque los estrenamos hace dos meses, y una capa demasiado larga, porque nuestra previsora madre se cuidó muy bien de encargarnos repetidas veces al sastre que la dejase crecer. Estamos en una edad incierta y comprometida. Vamos todas las tardes á esperar la salida de las alumnas de S. Eloy y á pasear á la Plaza y por la mañana jugamos al toro en el Patio de Escuelas, á la puerta del Instituto. Nuestra situación es comprometida y ridícula en todas partes. Ayer entramos brincando y gritando en nuestra casa y sin darnos cuenta nos colamos de rondón en una habitación pidiendo á voces la merienda. En medio de la habitación nos quedamos confusos como si nos hubieran clavado al suelo. Varias señoritas y señoras estaban de visita. Nosotros hubieramos agradecido á Dios que nos hubiera tragado la tierra en aquel momento. Presentiamos que estábamos en una situación altamente ridícula. Ni somos niños ya, ni somos hombres todavía. Esta mañana un señor nos alargó la mano y nosotros se la estrechamos turbadamente. Esta tarde una señora joven y guapa, á quien íbamos á dar la mano, nos ha besado como á un niño y nosotros hemos enrojecido visiblemente. Decididamente esto es insorpotable.

El Patio de Escuelas juega un papel importante en nuestra vida. También esta mañana, todas las mañanas de estos años, hemos pasado muchas horas allí. Con los libros bajo el brazo vamos á clase todos los días. En los entreactos de la vergonzosa comedia de la enseñanza oficial, salimos los estudiantes á tomar el sol en el patio de Fr. Luis. Allí nos contamos los amigos íntimos nuestros sueños, nuestras ilusiones para el porvenir, nuestra iniciación en los misterios de la vida. Allí nos hablamos de nuestros amores inconcretos, difusos; allí hemos leído nuestros primeros versos á un amigo soñador; allí nos prestamos los unos á los otros libros de literatura que después, á solas, devoramos con avidez. Allí hemos llegado á mirar un día á Fr. Luis de León, como algo muy grande, cuya alma flota aún en Salamanca.

TENEMOS dieciseis, dieciocho años. Es de noche; una espesa niebla envuelve las callejas solitarias; nuestros pasos resuenan en el silencio; los faroles están rodeados de una ténue aureola luminosa. La noche es oscura, callada, intensamente fría. Un sereno canta con voz monótona y prolongada. Nosotros caminamos rápidamente, envueltos en nuestra capa. Pasamos delante del patio de Fr. Luis y seguimos sin detenernos. Allá detrás se queda, solitario, meditando siempre, envuelto entre nieblas, el cantor de la Verdad, el cantor de Cris-

to. Suenan unas campanadas lentas, que retumban en el silencio de la noche. Es el reloj de la Catedral. Nuestros pasos se apresuran. ¿Dónde vamos á esas horas? El amor nos espera en la reja solitaria; hay quien escucha nuestros pasos en el silencio; unos labios frescos nos van á cantar calladamente el poema de otra Verdad eterna...

TENEMOS cuarenta, cincuenta, sesenta años. Hace mucho tiempo que abandonamos la vieja ciudad. Un día, allá cuando teníamos veinte años, salimos de ella, con ilusiones en el alma, á luchar por la vida. Somos unos buenos burgueses, que vivimos en Madrid, en París, en Soria ó en Cuenca. Anduvimos primero errantes por el mundo buscando fortuna y al fin tomamos carta de naturaleza en esta población á donde la suerte nos trajo. Tenemos una familia y gozamos de un pasar desahogado y tranquilo. Somos unos buenos burgueses que muchas veces nos acordamos de nuestra tierra natal. Un día se nos ha presentado una ocasión propicia de volver á verla. Hace tiempo que murieron nuestros padres. Nuestros hermanos, los que viven, andan por ahí desperdigados por el mundo; cada uno donde la suerte quiso llevarle. El viejo hogar de nuestra niñez fué deshecho por la muerte y por la vida. Y hoy, cuando nos hemos encontrado de nuevo en la ciudad natal y hemos visto en la casa de nuestros padres otra nueva edificación, unas lágrimas silenciosas han rodado por nuestra blanca barba. Nos encontramos aquí y pensamos que hemos hecho mal en volver á esta ciudad que para nosotros es un cementerio tristísimo. Pasamos como extraños ante toda esta gente que ha venido á sustituir á aquella gente amiga que convivió con nosotros. Hemos sufrido una desilusión amarga.

El Patio de Escuelas se conserva intangible. Hemos llegado allí, y estos muchachos del Instituto que nos miran como á un turista, no se pueden figurar la honda emoción de nuestra alma al encontrarnos en aquel sitio, al oír las campanadas solemnes y retumbantes del reloj de la Catedral, que nos recuerdan todas aquellas cosas memorables que vivimos en estos sitios cuando teníamos seis, ocho, doce, dieciseis, dieciocho años.....

Al fin abandonamos este patio de nuestros recuerdos dejando atrás para siempre sus ruidos de juventud estudiantil, sus paredes antiguas, su estatua del maestro. Y esta tarde nos ha parecido que Fr. Luis no meditaba los dulces nombres de Cristo, sino las amargas tristezas de Job, el maestro del sufrir...

FEDERICO DE ONÍS.

DE NUESTRA COLABORACIÓN

Justicia de Enero.

AQUELLA mañana acorté en algunos minutos la hora de la audiencia, tuve una leve sonrisa para los actuarios, ante quienes siempre mostré la faz solemne y hasta me digné inclinar ligeramente la cabeza al pasar frente al alguacil que, haciendo reverencias, gritaba á unos cuantos aldeanos que dormitaban en la antesala:

—¡El señor Juez!

Sí, el señor Juez, el más taxativo, escrupuloso y rígido de los de la última hornada opositorial, se permitía en aquel día tal cual

leve infracción de las reglas de quintaesenciada severidad á que había sometido su conducta, no porque le saliese de adentro, que él había sido toda su vida el muchacho más llano y más jovial de toda Castilla, sino porque lo requería el cargo á cuya vocación estaba resuelto á sacrificar todas las alegrías de su vida.

Pero aquel día al señor juez ¿por qué hablar en impersonal? á mí, Manolito Estévez, me reventaba la alegría por las cinchas del caballo. Porque han de saber ustedes que mi madre, la que me despertaba temprano para que repasase las lecciones, la que ensayaba mis discursos de la Academia, la que á escondidillas de mi padre, me daba los pitillos y aun los vegueros, que guardaba mi genitor como oro en paño, mi madre, la mujer

más buena y más cariñosa del mundo, llegaba aquella mañana para hacerme *¡la primera visita de juez!*... ¿Les parece á ustedes que sería mengua del cargo tan ligera debilitación de mi ordinaria seriedad?

Claro está que ya procuraba yo que la cosa no pasara á mayores y, aunque me retezaba por todo mi organismo judicial gana de mostrar el gozo con unas cuantas zapateas, me guardaba muy bien de hacerlo y caminaba con andar solemne hacia la estación, acompañado de los dos actuarios del juzgado, en cuyos rostros se reflejaba algo de la placidez de mi espíritu, algo de lo que, en términos curialescos, podríamos llamar sobreseimiento provisional de mi rigidez.

Pero no contaba yo con la huéspeda y con los trasportes de cariño á que se entregaría al verme. Y así fué que, apenas abrí la portezuela del coche, se arrojó sobre mí con los brazos abiertos y me besuqueó como á simple mortal llamándome á grito pelado:

—¡Lito, prenda querida, mi juez rico!

Y lo peor del caso es que yo, dando al olvido la ley orgánica y las ordenanzas de la clase, la dije una porción de niñerías y la hice ¡la mar! de ridículas caricias.

Al fin se impuso la dignidad profesional y susurré yo á su oído:

—Mamita del alma, acuérdate de que soy el juez y estoy entre escribanos; hay que tener mucha formalidad.

Y los dos quedamos sobrecogidos por un momento, como si nos hubieran pillado en flagrante delito; pero aquel encanto de madre, después de mirar y saludar rápidamente á los aludidos, que eran de lo más típico del oficio, aunque en el fondo buenísimas personas, me dijo bajito y reventando de risa:

—Hijo querido, te van á pegar la fealdad; más que ellos sería avaricia. Ambos la soltamos á un tiempo sonora y cromática con no leve escama de los *interfectos*; pero todo lo arregló aquella madrita mía entablado con ambos, camino de la población, el coloquio más jovial y efusivo, preguntándoles por sus familias, hijo por hijo y nieto por nieto y descubriéndoles una porción de puntos negros de mi historia tales como el de que

hubo un tiempo en que iba yo de baldosa en baldosa huyendo de pisar en las juntas y otro, de infeliz memoria, en que me dió la vasca por graznar ¡como un ganso! de portal en portal, cuando me llevaban á la escuela.

¡Habrás visto! Me la quería comer con los ojos, la pisé los pies cien veces y ella continuaba impertérrita poniéndome en cueros vivos ante mis subordinados que, faltos ya de todo respeto, refán á mandíbula batiente.

Resolvió tan crítica situación la llegada del coche á mi alojamiento, donde nos esperaban todas las notabilidades de la villa.

Mi madre, con aquel ángel que tenía, se hizo dueña de la situación á los pocos minutos y, mientras ella conversaba á un extremo de la sala con las señoras, yo departía al otro con los hombres pero sin quitarla ojo y haciéndola señas de que pusiera tiento en sus labios y no descubriera, á los sometidos á mi juicio, las debilidades infantiles del juzgador.

¡Qué día tan delicioso pasé al lado de mi madre y cómo gozaba ella al lado de su juez!

Un solo incidente turbó aquella alegría: vino á mi en apelación, del juzgado municipal de un pueblo, un juicio promovido por un infeliz pavero que reclamaba contra la compañía ferroviaria la cual, por retraso en una expedición, había sido causa de que se le muriesen, encerrados en un vagón, un centenar de pavos que era toda su fortuna. El juez municipal, ciñéndose á la ley, había sentenciado á favor de la compañía por ser la reclamación extemporánea. Yo debí hacer lo mismo; pero, cuando iba á firmar la sentencia, mi madre á quien yo mismo había dicho que, si lo legal era condenar al pavero, lo equitativo era que pagara la compañía, mi madre, digo, se interpuso entre pluma y papel, diciéndome con entereza:

—Rompe esa sentencia, hijo mio, tú no firmas una injusticia y menos contra un pobre.

—Madre, la contesté, son estas cosas de que no entienden las señoras. La ley es ley y mi deber cumplirla.

—Aquí no hay más ley que la de Dios, hijo, y, si eres cristiano, no puedes condenar á ese infeliz á quien ha arruinado una compañía poderosa.

La discusión llegó á extremo tal que mi madre, haciendo añicos la sentencia, la arrojó por la ventana.

Ental situación llegó uno de los actuarios, hombre inteligente y bondadosísimo y, enterado de lo ocurrido, trató de calmarnos diciéndome que no le parecía tan descaminado el deseo de mi madre.

—Haga V. la sentencia—dijo ésta agarrándose como á un clavo ardiendo á aquella opinión—que yo me encargó de que la firme.

Hízolo así el actuario y, una vez terminada, mi madre, con la sentencia en una mano y la pluma mojada en otra, se acercó á mí diciendo:

—Lito, me voy esta tarde, firma, me quiero llevar este último recuerdo de tu cariño.

—Tú lo quisiste, madre—dije yo en tono grave y firmando sin leer.—Sea; pero ahora voy á denunciarme yo mismo á la Audiencia.

—Aguarda á que me vaya y haz luego lo que quieras, hijo—replicó mi madre serenamente.

Aquella tarde, al cruzar la plaza camino de la estación, un grupo numeroso de vecinos, á cuyo frente estaba el paverero, daba vivas al señor juez y á su *devina* madre, cosa que me consoló un tanto; pero cuál no sería mi estupefacción cuando, al llegar á aquélla, el Jefe me dijo con gran reserva:

—Acabo de recibir telegrama del abogado de la Compañía para que diga á V. que se allana en lo del paverero y que le indemnizarán las pérdidas. Y luego añadió de su cuenta:—A la fuerza ahorcan; menudo artículo publicó ayer un periódico de la capital sobre el asunto.

La cara de mi madre, enterada de todo, resplandecía de alegría; pero distrajo la conversación hacia otras cosas conversando cariñosamente con cuantos la habían ido á despedir.

Dada la señal de partida, me cogió la cabeza entre sus manos, me besó en la frente y me dijo entre alegre y compungida:

—Por supuesto que así que llegues á casa te denunciarás á tí mismo á la Audiencia.

No contesté.

Se me llenaron los ojos de agua y regresé á mi alojamiento, que me pareció más triste y más solitario que nunca.

Mi madre murió poco después y, cuando de nuevo se han suscitado ante mí, en el trascurso de mi larga vida profesional, esos conflictos entre la ley y la equidad, he procurado resolverlos elevando mi ánimo con el recuerdo de aquella santa mujer, cuya immaculada conciencia será siempre el dechado de la mía.

LUIS MALDONADO.

A LA LUNA

YA no difunde por los altos montes
el esplendente sol su alegre rayo,
cruzando va celestes horizontes
con lentitud y funeral desmayo.

Triste la luna, tras sus blancas huellas
á su endimión dormido va buscando,
y millares de vívidas estrellas
las enlutadas nubes van cruzando.

Temblorosa la flor cierra su broche
al sentir el contacto de la brisa
que nos anuncia la callada noche
y el descanso el espíritu precisa.

¡Lucero triste; de mi vista encanto!
mientras el cénit recorrer te miro,
¿porque menos cruel es mi quebranto
y más profundo mi eternal suspiro?

¿Acaso, del amor, rayo argentado,
eres el mismo espíritu potente
ó el bálsamo del pecho desgarrado
que solo por amor siente y suspira?

¡Ay! comprendo, lumbrera apetecida,
porque te busco, te bendigo y lloro;
que de amor sufro dolorosa herida
y por mi mal un imposible adoro.

Si de tus senderos de topacio
recoges los gemidos de amargura
que ruedan en tropel por este espacio,
de infelices sedientos de ventura

Recojerás de mi abrasado pecho
el eco de los íntimos pesares

y de mi llanto el manantial deshecho
y quejas y lamentos á millares.

Consoladora de la pena mía,
¿donde dejas tu pálida hermosura
las altas horas que la noche fría
ostenta su enlutada vestidura?

¿Donde estás cuando inmensos horizontes
tapiza de zafir la aurora maga
y pintando los llanos y los montes
al orbe entero con su faz halagas?

Tan sólo á mi dan pena su alegría,
su fúlgida belleza y sus colores;
pues créo ver, no se que mano impía
deshojando la flor de mis amores.

Vén, no me prives de tus bellos giros
al espirar el astro soberano;
recoje de mi pecho los suspiros
y á nadie cuentes mi delirio insano.

JULIO MEDINA CORBALÁN

PROSA Y VERSO

Cartas á Concha.

I

QUERIDA mía: He recibido tu carta, tu simpática, tu cariñosa, tu afabilísima carta. No sabes qué gran placer me ha producido ver tu letra, tan pulida, tan bonita, letra de mujer bella, aquella letra que yo besé tantas veces al leer tus lindezas. Casi me parece mentira que me hayas escrito, después de lo que ocurrió entre nosotros. No me guardas rencor, eres muy buena. He gozado infinitamente pensando que tu mano ha sido la que ha trazado estos rasgos. Me parece estarla viendo, blanquísima, diáfana, apretando la pluma de nácar, deslizándose delicadamente por el papel, suavísimamente, apoyándola alguna vez en los labios para pensar lo que habías de decirme, clavando al mismo tiempo los ojos, tus ojos negros, de pupilas densas, melancólicos, soñadores, en alguna de las caprichosas figuras que hay encima de tu piano.

Ya no me acordaba de tí. Cuando te marchaste sufrí mucho los primeros días, pero

luego he ido consolándome poco á poco y he conseguido olvidarte. Tu amor, aquel amor inconsciente, de ruda vehemencia, que no encontraba obstáculos, lo he sustituido por otro amor, no tan vehemente, pero sí mucho más grande y mucho más reflexivo. Los días han operado en mí un cambio extraordinario. He llegado á convencerme de que cuando tú estabas aquí, yo era muy embustero. Muchas veces te hablaba de casarnos, y en verdad que cuando te lo decía estaba convencido de que lo haría, lo sentía con toda el alma. Me parecía horrible la idea de unirme á tí, y sin embargo, pensaba hacerlo. Hoy, pienso hacerlo, y la idea se me figura admirable. Entonces consistía en que yo no tenía esperanzas, y hoy, ya las tengo.

No me cabía duda de que á los dos meses de marcharte tendrías novio. Supongo que se te habrá logrado tan guapo y tan rico como lo deseabas. No te habrás puesto en relaciones con él hasta estar bien enterada de si tenía dinero. Sé que conmigo hiciste lo mismo, que pediste informes de mí, procurado enterarte de si tenía dinero, y cuando te dijeron que no, sufriste un terrible desencanto, porque, sin yo hacer alarde de ello y en honor de la verdad sea dicho, tú estabas encantada conmigo, me querías mucho y te avergonzaba decirlo. ¿Por qué era eso? Todavía no he conseguido que me lo digas y te lo he preguntado en varias cartas. Me tuvo esto muy preocupado algún tiempo; ahora lo veo con la mayor indiferencia, con la misma indiferencia que te veo á tí. Te contesto por galantería, nada más que por galantería, no creas que lo hago por afecto, porque ese afecto ya no existe.

Sé que esta carta te ha de hacer mucho daño, pero yo no pretendo mortificarte, sólo pretendo curarte de tu refinada coquetería, darte á entender que nada consigues con acicalarte mucho, que es mejor que seas algo más juiciosa. Eso le gustará mucho al hombre que se case contigo. Te ruego que no te ofendas y tomes estos consejos en prueba de amistad, de la amistad que nos unió hace ya cinco años.

Cuando leí tu carta hiciste renacer en mí

un millón de recuerdos muertos. De lo primero que me acordé fué de los paseos que nos dábamos juntos al amanecer por la Vega. ¿Te acuerdas tú de ellos? Envueltamente me ha parecido vislumbrar que en tu carta me haces alusión á ellos. Debo declararte que no lo he entendido bien. Te prometo pensarlo detenidamente.

¡Qué hermosas mañanas aquellas! Todavía me acuerdo de la mañana de tu santo, del primer beso que te dí. Esta fecha no la olvidaré nunca. Te pusiste roja, bajaste los ojos y no me hablaste cariñosamente en tres días. Al cabo de algún tiempo me dijiste que aquel beso "te había llegado al alma." Supongo que esta carta no se la enseñarás á tu novio.

Me alegraría saber si sigues tan guapa como antes. Podría enterarme por mis propios ojos, pero esto no lo quiero porque no quiero verte; me gustaría más saberlo por otra persona. ¡Entonces eras bella!

Me dices que todavía guardas las camelias que cortamos en la Vega la mañana de tu santo. Yo también guardo algunas de las que cortamos aquel día. Están marchitas, como nuestro amor.

Es tuyo,
Octavio.

Por la copia,
JOSÉ MARÍA DE ONÍS.

COLABORACION PORTUGUESA

VIBRAÇÕES

I

Nao creio ja aquelle amor que meu peito
de rosas pintou castó paraíso
já nao creio, nem posso, está desfeito
pele razao, por desenganos .. geito
do humano querer, de affecto indeciso.

Feceste tao bello em tela d'amor,
pintaste tao bem a arte d'amar
com tanta candura e tanto vigor!
Porem desfiz dos enganos a cõr
que o tempo recto pôde descorra.

Já nao posso mais, por mais que cogito;
foi uma mentira, hoje um desengano.
Nao posso, nao devo, julgo um delito
crêr uma amante terna, um anjo, um mytho
onde tudo mente, tudo é profano.

Disseste-me outr' hora sinceramente
(por engano teu, e de fantasia)
que me querias muito priamente;
pois de te morder no peito a serpente
senti e tu sentiste amor d'um só dia.

Pujante que fõste, senti pujança,
a da mocidade, subtil ventura
Cegou-me por ingenuo aquella esp'rança
de gozar comtigo sempre em bonança
o carinho teu que se foi e nao dura.

Por lagrimas juraste nao sei quando,
nem quantas vezes me lembro juraste,
nem já me importa se o fizeste amando,
nem se me foi pouco ou muito nefando.
Sei que desconfio o que confiaste

Sincero? é o pastor, d'ingenua rudeza,
que estremece sua rez, porque é sua;
o lavrador ao pao que lhe orna a meza;
bem sincera e constante é a natureza
na vida do sol, no sonhar da lua.

Esses sonhos que a infancia coloriu
destilan-os meu viver e teus enganos.
Despertou fórte a razao que dormiu,
e, jé agora, quem te amou e quem te viu
esquece os feitos por ti tantos damnos

Que nunca esqueças que sonhei comtigo,
lembra, embora; mas nao tentes pensar
que me resta pena au pezar d'amigo.
E' minha devisa e fiel abrigo:
que engratos jamais se devem amar.

ANJOCOFÁ.

CRÓNICA SEMANAL

COMIENZO á escribir esta crónica, paladeando todavía una hermosa noticia, leída entre los telegramas de un periódico diario.

El señor marqués de la Vega de Armijo, ese prototipo de la más vulgar aristocracia, cuyos méritos y cuya historia se reducen en las dos palabras sacramentales de *ilustre prócer*, y don Eugenio Montero Ríos, modelo de ambición senil, irán si Dios no lo remedia, á ventilar en el campo del honor sus rencillas caciquiles.

Creo que la cosa tiene la sal por quintales—De esta hecha, si el notición se confirma acaba de hacerse *Gedeón* el eco de la alta política

Pero, hablando en serio, se encuentra dudoso el que escribe y se encontrará no menos perplejo todo lector que tome interés en el asunto, para repartir equitativamente, entre ambos políticos la parte de desprecio que á cada uno corresponde.

Todos sabíamos, desde que deletreamos los primeros artículos periodísticos y sondamos el espíritu de algunos mangoneadores más ó menos públicos, que el fondo de la política es mucho más sucio que el charco más fangoso; que todos esos señores que cada cinco minutos ó cada cinco debates ofrecen su vida en holocausto de la Patria, son unos comediantes malos, faltos casi todos del arte suficiente para engañar á todos; que las altas prebendas reparten las bajas canongías, premiando el jaboneo en unos, el parentesco en otros, y la ineptitud en la mayoría; pero todo esto se ocultaba bajo un piadosísimo velo, que ahora, los

dos ancianos dignos de ser más viejos, han desgarrado con toda la fuerza de la virilidad robusta.

Y el buen Montero, que hasta parecía discreto, sagaz, estudiado y modelo de marrullería suave, aparece hoy desabrochado en medio de la calle como cualquier chulo del género ínfimo, diciendo al marqués que se las tenía juradas, que está harto de componendas, que tiene el acta por misericordia gallega y que no es liberal, y si le apuran mucho ni marqués ni prócer

Reparen bien, señores lectores míos, en ese arranque, en ese retorno á la mocedad con que Montero se despidió de su constante amigo y compañero de miserias.

Vengan aquí los psicólogos de oficio y estudien lo que eso significa. Porque nosotros, todos los independientes que podemos, aunque no lo hagamos, revolvernos cada minuto contra el semejante que nos reviente y endilgar, cuando nos plazca, un rosario de epítetos al que nos estorba ó molesta, no apreciamos el sacrificio inmenso, la cantidad de alma, el amor á la Patria que es menester, para sufrir en silencio, con resignación santa, á un marqués de la Vega de Armijo que nos encontrásemos durante cuarenta, cincuenta años, pegadito á nosotros, y ligado aparentemente, ante los ojos ignaros por un lazo tan fuerte y casi tan indisoluble como el de la corriente unión matrimonial.

Hemos quedado ya todos, desde la última majadería política de Montero, en negarle todo género de méritos, exceptuando un poco del resplandor canónico y un mucho del cariño á la prole; pero ahora queda sentado su nombre sobre base más granítica que la de su estatua compostelana; perdurará en la historia como el más grande ejemplar de cuantos resignados han nacido y *Job*, el pacientísimo *Job*, al lado de don Eugenio, es una babucha rusa, que no hubiese soporado, con ser tanta su proverbial paciencia, el sentarse dos sesiones seguidas, en el escaño vecino al del marqués insufrible.

Y ahora, el que presume de tener amor á la alta comedia, dígame si el duelo entre esos dos siglos no merece que perdonemos á los contendientes todas las amarguras y todas las desdichas con que nos agobiaron y nos aburrieron hasta este hermoso día, en que frente á frente se ridiculizan definitivamente.

FERNANDO ISCAR.

GALAN

Ha cumplido el primer aniversario de la muerte de Galán.

Tan libre, tan desinteresado como la poesía misma es el sentimiento que acompaña la muerte del poeta.

Nosotros veneramos al gran cantor de Castilla, sentimos con todo nuestro corazón el fin de aquel hombre único que tenía en sí el alma hermosa de sus versos eternos.

Antes que la memoria del hombre haya podido olvidar el recuerdo que Galán dejó, la Gloria de hijo inmortal ha de inundarnos y en este primer aniversario de su muerte comienza el de su eternidad.

Pasarán los años; otros hombres y otras gentes poblarán Castilla, tras de nosotros, los que conocimos el primer destello de su poesía, vendrán otras generaciones que recitarán los mismos versos y sostendrán por siempre, el culto fervoroso al poeta castellano.

Las virtudes, las bondades derramadas en la vida dejan en la muerte hueco que poco á poco el tiempo que pasa, vá cubriendo y allanando; para estas muertes se han hecho los aniversarios, y cuando los años pasan y pasan también los que con el muerto vivieron, esa huella que se pretendió hacer perdurable queda borrada, disuelta en el mundo como tantas memorias olvidadas.

El poeta verdadero no muere nunca, las cenizas de su cuerpo no se confunden con la tierra del campo santo, se filtran en el alma de sus versos y el artista con el hombre ván unidos, haciendo vivir á muchos muertos.

Galán vive en sus estrofas y sus estrofas no cumplen aniversarios.

LIBROS Y FOLLETOS

EL ANTICRISTO

Dimitry Merejkowski

QUIEN conozca *La muerte de los dioses* y la *Resurrección de los Dioses*, no puede menos de doblar su rodilla ante Dimitry. Dimitry es un pagano que ha envuelto su paganismo en dogmas católicos. A través de todas sus páginas se ve latir un amor hondo por los dioses caídos, avasallados, arrollados y muertos á el empuje viril del monoteísmo invasor que se infiltra en el espíritu de la Europa. Sin duda alguna la obra donde Dimitry muestra bien á las claras su alma es en la *Resurrección de los Dioses*. Nos presenta allí el resurgir del paganismo en pleno movimiento cristiano; el último alentar de una religión agonizante, que hace el último esfuerzo por volver á la vida; el temple viril del alma de Leonardo el ídolo de las gentes de su época hacia el que miramos aún los que reposante en el fondo del espíritu guardamos poso de paganismo.

Los héroes de las novelas de Dimitry son todos del mismo corte; Juliano, Leonardo y Pedro son almas rígidas, fuertes, puras, almas en las que la hipertrofia de la voluntad y de la inteligencia ha determinado un apagarse prematuro de la sensibilidad, almas de cíclopes. Juan y Alejo son dos hombres entecos, dos almas abúlicas, soñadoras, débiles.

El Anticristo es la vida de *Pedro el Grande*, el emperador ruso que hizo surgir del Oriente europeo una nación intensa, que soñó en la conquista del mundo; es la vida de Alejo, el religioso en quien veían los rusos de su tiempo la esperanza de volver á sus antiguas tradiciones muertas; su vida tranquila, indígena que jamás habría de ser rota por el beso del extranjero.

Se ve en las páginas del *Anticristo* la crueldad rígida de Pedro que extirpa á diestro y á siniestro todo lo que á su plan estorba, lo que no sea fuerza potencial ó potenciabile, lo que por débil sobra. No es extraño que los juegos brutales de Pedro, hicieran despertar en el pueblo ruso la casta de los raskolnikos, los que veían en él el anticristo cuya venida, predicha fué en los sagrados libros.

No se puede aquí hacer una crítica sincera y larga de la obra de Dimitry, acaso otra vez dediquemos un estudio detenido á este escritor, gloria del pueblo ruso.

M. DE RUEDA.

A. Iglesias Imp.—P. de la Libertad, 10—Salamanca.

DE NUESTROS JUEGOS FLORALES

Tema XIX.

(Continuación)

sin tener lo que llaman *vaca de noche*, entre los resplendores que produce la llama de unas teas que apagan á voluntad, para que resulten mayores sorpresas y amenidades en el espectáculo.

A misa, excusado es advertir que no van más que representaciones de las autoridades, mujeres, niños y unos cuantos devotos obligados. La generalidad, ni se acuerdan en todo el día de que llevan siquiera el nombre de cristianos.

Y esto ocurre precisamente en localidades que tienen fama por la devoción que profesan á su Santo Patrón ó Patrona.

Pena causa el decirlo, pero esa devoción hay que examinarla de cerca para convencerse de que se halla vacilante y moribunda y de que no es sino *sepulcro blanqueado*. Y lo horrible es que no ha habido evolución ni cambio ninguno en la materia, sino aniquilamiento y cristalización de espíritus.

De cuando en cuando se registra alguna explosión de los antiguos fervores adormecidos, pero salvo pocas excepciones la ley religiosa es, como reza el castizo refrán, *no acordarse de Santa Bárbara hasta que no atruena*.

Aquella fé serena y fecunda que tuvimos, tesoro el más precioso que nuestra historia encierra, se halla muy próxima á extinguirse sino se opera, como diría Unamuno, una honda revolución en los espíritus, una *mesarrimisis* salvadora.

Y si acaba de morir la fe castellana, muere con ella lo mejor del espíritu castellano, el germen principal de nuestra ansiada redención.

La cristiana población de los llanos la fé pura de Castilla se va transformando en ateísmo práctico, hasta el punto de poderse afirmar que Castilla es, con poco ruido, el país de la indiferencia religiosa.

No nos metamos en las causas de esta decadencia de la fé. La han matado los césares poniéndola al servicio de fines políticos, la teocracia inflexible y ambiciosa, el atraso general en que vamos cayendo.

Lloremos por nuestra fé, la palanca de Arquímedes, impulso primario que pondría nuestros corazones camino de la redención mental de la raza castellana.

*
**

Fuerza es por último hacer mención de la política doméstica de Castilla.

Aconsejan amigos sinceros, en los pueblos grandes, que es donde el caciquismo se percibe más á las claras, el siguiente refrán de conducta: *piel de cordero, intención de lobo y hacerse el bobo*.

No hay socarronería y malicia como la malicia y socarronería castellana; mejor diríamos que Castilla es el país de los socarrones y maliciosos.

Para enseñar á luchar por la vida á un jovenzuelo inexperto y cándido, no hay mejor escuela que la de las grandes villas de Castilla.

No sirven iniciativas, ni inteligencia, ni laboriosidad, ni ideas nobles, ni propósitos puros; el cacique del pueblo y sus satélites dicen enseguida del muchacho que *es ligero* y que *no tiene noción de la realidad*.

La realidad social y política de Castilla es en verdad, difícil de conocer, tremenda é ingrata; y no se puede jugar con ella pensando en cándido.

En las luchas políticas, llaman *cuco* y *listo* los castellanos, al que no suele ser, examinadas sus acciones de cerca, más que un solemne y desvergonzado mamarracho.

El listo en la política suele ser el ambicioso y solapado, el *ególatra*, con manto de generoso.

No desatiendas ni exasperes al cacique castellano, ni le adules y que te vea el cacique contrincante, ni te mantengas con él imparcial é indiferente. Nada cuadrará bien, y tienes que caer irremisiblemente en las mallas complicadas de la intriga, si no quieres marcharte de Castilla.

El que no va con migo es mi enemigo, dicen á quienes no les apoyan con la cerviz baja y los ojos cerrados, nuestros castizos caciques; y á ver quien les convence de que la neutralidad que uno ha observado es justa y sincera, y de que no merecemos sus iras.



Con estos tales políticos es absolutamente indispensable tener buenas palabras y malas acciones, si no se quiere vivir arrinconado.

En la sociedad castellana se ha visto que no puede vivir nadie apartado sin enredarse en las menudencias de la política, y *la política no tiene entrañas*, según la oportuna

A esta obra caciquista prestan en ocasiones extraordinario concurso las castellanas.

Mira hija, [decía una señora castellana, en visita, á otras amigas íntimas suyas; *á mí no me gusta decir mal de nadie, bien sabéis que no he sido nunca partidaria de meterme en cosas ajenas; ¡Dios me libre!, cada una en su casa y Dios en la de todos, pero lo que es esa Fulana, esa marranona y desidiosa, es lo más parladora y sucia que he visto.*

Y la Fulana es gallina de otro muladar, ó lo que es lo mismo, del bando contrario, á quien hay que pelar en crudo y dejarla chalecos cortados para todo lo que viva.

De esos coloquios, muchísimo más trascendentales de lo que parece, salen los matrimonios, salen los cuentos y chismes de sí á Tal se le marchó la lengua, de sí Zutano pretende esto y Perencejo lo otro. Total, que todo lo que allí se inventa toma cuerpo en la realidad, y al que casan esas señoras en su tertulia, le casa sin remedio Dios Nuestro Señor en el Altar; así como al que en sus conversaciones le hacen reo de abrigar propósitos malvados por tal reo pasará y cómo tal se ha de obrar con él en lo sucesivo.

En efecto, aún cuando *no hay que hacer caso como se dice de lo que digan las mujeres*, al poco tiempo ya no se sabe si son hombres ó mujeres quienes lo dicen y al fin y al cabo, es un axioma en Castilla que *cuando el río suena agua lleva.*

Así enredan hasta á sus propios maridos, en las lides de la caciquería, las bravas castellanas, que están más estropeadas por el medio y son aún de más dura roca que sus hombres.

APLICACIONES PSÍQUICAS

ALGO SOBRE

ETHOLOGÍA CASTELLANA

Ha llegado el momento de sacar con ilusiones puramente psicológicas del conjunto de circunstancias materiales y morales en que vive el castellano.

Quiero que lleven, estas disquisiciones, el calificativo de ethológicas, para indicar desde el primer momento el aspecto sintético y real que deben tener, pues en ellas se debe aspirar constantemente á poner de relieve las notas vivas y fundamentales del carácter castellano huyendo de las abstracciones y sutilezas ideales propias del análisis general psicológico.

¡Lástima grande que no vayamos elaborando para Castilla aquella hermosa ciencia que concibieron Kant y Stuard Mill sobre nuestra conducta!

Conocidos los resortes que mueven el muñeco castellano podríamos preveer en cierta medida su futuro desarrollo é introducir en su carácter mejoras utilísimas para el más eficaz progreso.

Si la misión de la ciencia está en *saber para preveer* sometiendo los fenómenos á nuestra voluntad estudiemos el alma castellana, y así podremos educarla, y decir á la vez que hemos descubierto y conquistado á Castilla.

No hay, hasta ahora, estudios sobre el asunto, hecho á propósito directo.

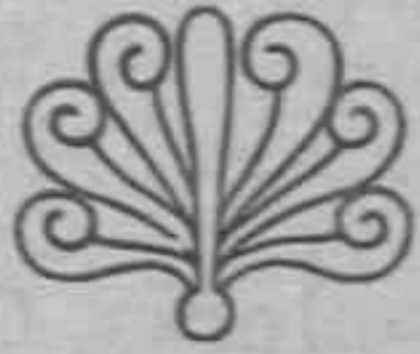
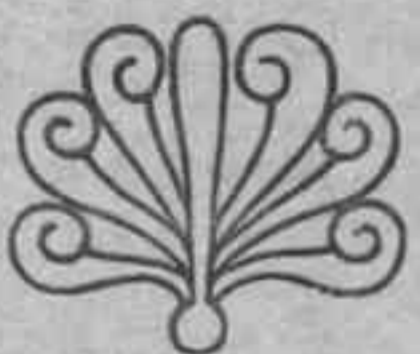
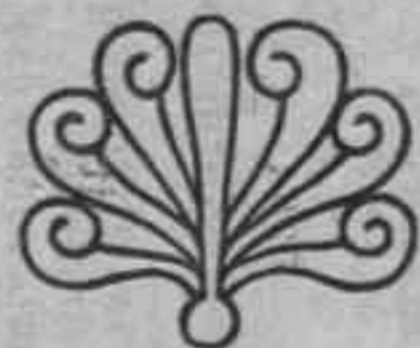
Fouilleé tiene en su libro un extenso capítulo relacionado con la materia, pero versa sobre la Psicología del pueblo Español en general, sin aplicaciones directas para Castilla.

Ganivet publicó el *Ydearium*, que adolece para este efecto del mismo inconveniente.

Picavea reunió datos muy numerosos y estimables en su *Problema Nacional*, pero tampoco van ceñidos á lo peculiar de la región castellana.

Otras mil observaciones, dispersas en libros y artículos de Costa, Pardo Bazán, Sanz, Escartín etc. han sido aprovechadas por Fouilleé para su trabajo, más en manera alguna

(Continuará)



Director propietario:
D. JOSE MAÑES CASAUX
Centro--Pensión MAÑES
 Calles Silencio, 1 y Tostado, 1
 SALAMANCA

PARA ALUMNOS OFICIALES DE LAS FACULTADES E INSTITUTO

Este acreditado centro docente instalado en punto céntrico muy próximo a las Facultades e Instituto ha conseguido sorprendentes resultados en la enseñanza debido a su régimen especial, a la continua explicación de todas las asignaturas constitutivas de las diferentes carreras que pueden cursarse en esta Universidad.

La Casa-Colegio consta de espaciosas e higiénicas habitaciones; salas de estudio y comedores; amplias clases distribuidas entre las dos casas, **Si, encio, 1 y Tostado, 1**, comunicadas a este objeto, formando así un sólo edificio de grandes dimensiones.

El profesorado consta de Ldo. en Sagrada Teología (Capellán), Dres. y Ldos. en Letras, Ciencias Derecho, Medicina, Perito Mercantil, Auxiliares facultativos de Obras públicas y Maestros Superiores de 1ª enseñanza. Los alumnos son acompañados a las respectivas clases oficiales por los Inspectores y a todos se les explica cada día la lección que al siguiente han de dar en el Instituto ó Facultad.

En la escuela que a cargo del acreditado profesor central se estableció en este Centro, se siguen obteniendo rápidos progresos, explicándose en

ARCAS Y BASCULAS

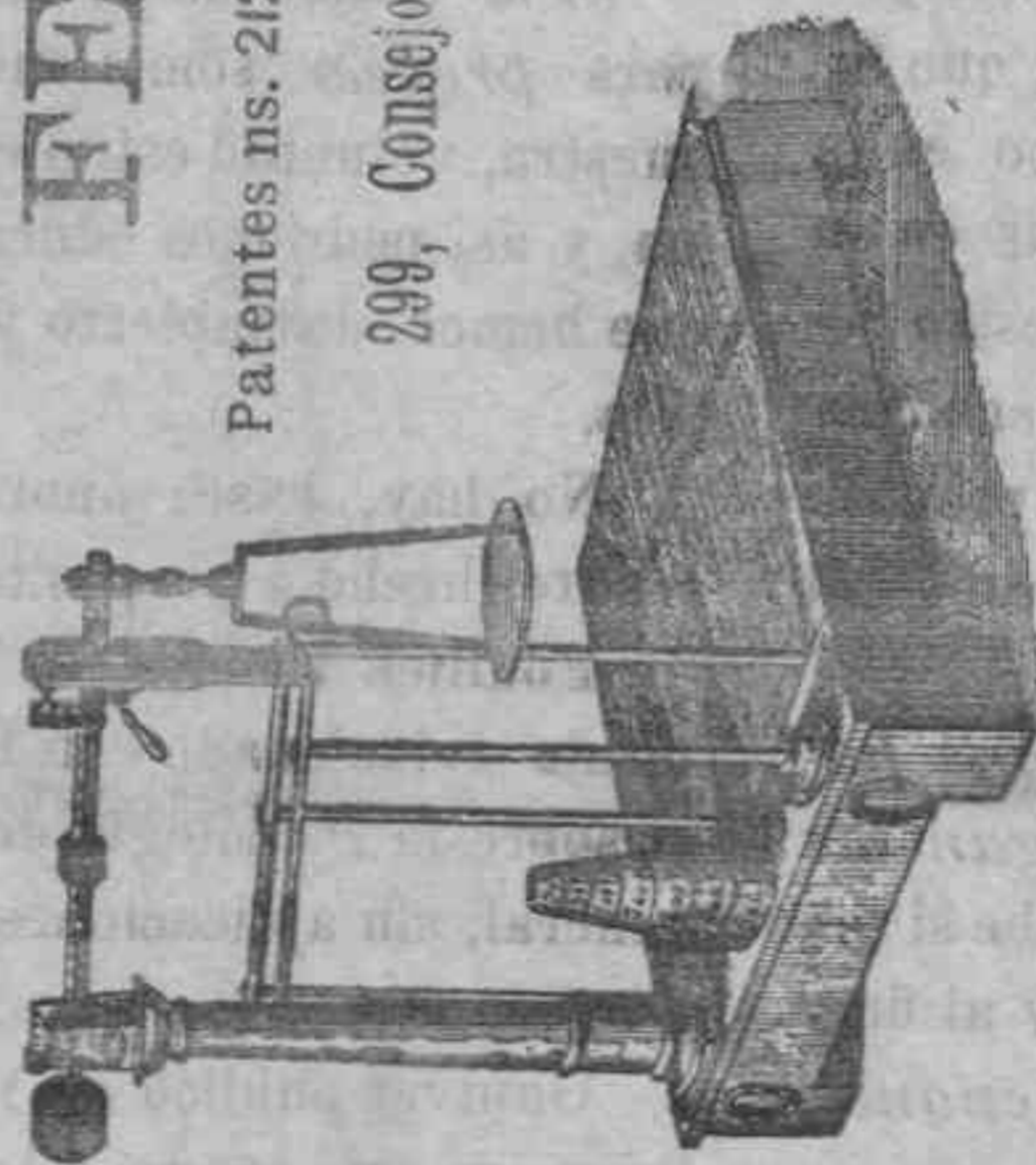
FELLIU

Patentes ns. 21254, 27930 y 32064

299, Consejo de Ciento, 299

Barcelona

Su Representante en Salamanca:



D. S. BURGOS
 LIBREROS, 7

COLEGIO DE SAN ILDEFONSO

para alumnos de
Universidad, Instituto y Primera enseñanza

Juan del Rey, 8; Salamanca

Director: D. FABIÁN VILLORIA MENDEZ

Licenciado en Filosofía y Letras

Este Colegio ha tenido en el curso actual, treinta y seis alumnos de segunda enseñanza y dos de preparatorio de Derecho.

De estos alumnos ha habido en los exámenes, con la calificación de Sobresaliente ocho individuos y con la de Notable diez y ocho. Algunos Sobresalientes con matrículas de honor.

Desde 1º de Julio próximo, darán principio los repasos, para los alumnos que hayan de examinarse en Septiembre

Para más detalles dirigirse al Director

VENANCIO GOMBAU
FOTOGRAFO

Prior, 18

Salamanca

VINO SUPERIOR
 de mesa, de
COSECHERO, puro á
 7'50 el cántaro; por botellas, á 0'50 los 3/4 de litro devolviendo el casco.

Unico punto de venta,
 Afueras de S. Bernardo
 núm. 10; juego de pelota



Tarjetas postales

con vistas según fotografías ó dibujos, desde mil ejemplares. 30 pesetas Pagos anticipados.

A. IGLESIAS, IMPRESOR; SALAMANCA

FOTOGRAFÍA DE LA

VIUDA DE OLIVÁN

PASEO DE LAS CARMELITAS

LIBRERIA DE CALÓN

PLAZA MAYOR, 33

Papelería, Objetos de Escritorio,
 Tarjetas Postales Ilustradas.

Para impresiones de lujo y económicas. Obras de texto, Revistas, Trabajos comerciales, Tarjetas, Besalamanos, Esqueles, Recordatorios, etc., visitar la Casa

A. IGLESIAS,

PLAZA DE LA LIBERTAD, 10

IMPRENTA